

liaciones que comete y de las infamias y abominaciones con que cada día se mancha el Mariscal. — ¡Oh, cuán ingrato es el Emperador! — Parece que no hay duda ninguna de que Bazaine se enriquece á costa del país; roba, mata, engaña y secuestra á las gentes; destroza y aniquila las comarcas y explota al mismo ejército francés, todo con el fin de juntar dinero.

— No lo creo; vivo separado del Mariscal; pero le conozco un poco y pienso que se le calumnia.

— ¿Calumniársele? Si hay pruebas...

— ¿Y qué pruebas son esas? — Se tiene nota de las cantidades que se lucra Bazaine en el abastecimiento del ejército; se sabe en qué proporción están abultadas las cuentas de las expediciones que ha emprendido... Pero ya se lo dirá de misas Napoleón al señor de Bazaine: cabalmente va á salir persona que refiera á S. M. francesa las picardías de su enviado.

— ¿Y cómo sabes tú esas cosas? — Te diré: la otra noche descansaba en mi cuarto y á poco fuí llamada por S. M.: «Señora Jecker, me dijo, haced el favor de atender este escrito fijándoos en el que voy á leeros». El escrito empezaba así: «Instrucciones para el señor general Woll». Luego, en el cuerpo de las tales instrucciones, venía una inmensa cantidad de signos que nadie entendía; guarismos, letras, interrogaciones, admira-

ciones, llaves musicales, ¡qué sé yo!... Me sentía soñolienta, destroncada, sin fuerzas, y atendía mal á aquella inmensa serie de cosas sin sentido. De cuando en cuando se oía una palabra cristiana ó Su Majestad la pronunciaba al

confrontar lo que leía ó las rectificaciones que hacía yo. Así vine á enterarme de que se trataba de malversación de fondos, de faltas al decoro y á la dignidad, de traición y de picardía... Interpreté mal, de seguro, alguna cifra, pues la Emperatriz me llamó la atención. — «¿Qué habéis dicho? ¿1418? — «Sí, señora.»

— «Me parece que estáis equivocada.» Buscó un libro y entre dientes murmuró casi imperceptiblemente: «1418... 1418... 1418... Aquí está... es (dijo para sí) Almonte... Bazaine es 7478. Poned 7478 en vez de 1418, que no nos ha dado queja alguna.» Así me enteré de qué se trataba; pero la Emperatriz, queriendo desorientarme, dijo negligentemente:



BAZAINÉ

«¡Ved qué horas de escribir á mi padre!... Le hablo de asuntos de familia, de mi legítima materna; pero como podría llegar á conocimiento de las gentes alguna proposición que le hago, he querido escribirle en clave... Más bien, la clave es para Woll, que sale en estos días...»

Aquiles me había escuchado en silencio, pero con la ansiedad pintada en el rostro.

— Bien puede ser que lo que dicen del Mariscal tenga algún fundamento; por si lo tuviere, vale la pena de que te enteres de lo que de él se diga.

— ¿Y qué ganas con ello?

— Es... te hablaré con verdad... es que el Mariscal... está enamorado...

— ¿De la *Esmeralda*?

— ¿Quién hace caso de esas cosas?

— Pues la moza es guapa.

— Que digas eso tú que de veras lo eres, resulta un propósito: es una gachupina morena, de hermoso cuerpo, de buen palmito; mas, hija, ¡qué falta de chiste, qué necesidad, que insubstancialidad!...

— Pero el Mariscal mantiene para ella una casa que vale dinero.

— Sí, pero es un capricho de tantos. ¿No sabes la historia de la Mariscala?

— Sí, murió porque una noche cogió un resfriado en la quinta que el Mariscal tiene á la orilla del Sena.

— ¿Resfriado? No hay tal: Mme. Bazaine era una criolla de Argel, á quien el General conoció muy niña; quedó sin padres, sola y desamparada, y Bazaine la recogió poniéndola á su costa en un convento para que se educara é instruyera. Creció la niña en cuerpo y en belleza, el general se prendó de ella y se casaron en paz y en gracia de Dios... Parece que veo á Mme. Bazaine con sus grandes ojos negros, su tez morena, su estatura altísima y su porte verdaderamente real... La señora se enamoró de un hombre que no era su marido, pero que sí era un canalla y un mal sujeto: la explotó, la robó y concluyó por amenazarla con entregar á Bazaine las cartas de amor que le había escrito; la señora tomó un veneno para substraerse á la horrible vergüenza que la amenazaba... Yo iba en compañía del General el día que supo la tremenda desgracia: el correo llegó cuando nos encontrábamos cerca de Aguascalientes, en una hacienda llamada Ledesma. Bazaine abrió los pliegos en que se le comunicaba el caso con atenuaciones y con distingos, refiriendo todo lo que tú acabas de decirme acerca de la fluxión de pecho de la señora. Yo no he visto dolor como el del pobre General: mandó ensillar á toda prisa su caballo, — un negro árabe, que aún conserva y que se llama *Belcebú*, — echó á correr á galope y luego se encerró en su tienda por espacio de tres días: cuando recibió las condolencias de la oficialidad sólo pudo contestar entre sollozos estas palabras tristísimas:

«¡No hay consuelo para mí!... Amigos, no me den el pésame porque mi carrera acabó aquí... Ya no soy nada...» A poco supo la tremenda verdad (tengo entendido que el Emperador mismo se la comunicó) y por despecho, por tristeza,



LA ESMERALDA

za, por rabia, no sé por qué, se enamoró de la pindonga esa, que como sabes, vino de mercachifle, con un cajoncillo de ropa que estaba en la esquina del Refugio, la cual tienda, por llamarse *La Esmeralda*, dió el nombre á la bribona que ahora se pasea por las calles de México insultando con su lujo á las gentes honradas...

— ¡Jesús! exclamé entre risas; ¡pero qué moral anda el tiempo!

¿Estás yendo á las misiones del abate Testory?

— No las dice; pero...

— Pero si no las dice, puedes decirlas tú.

— Ello es que el Mariscal no tardará en separarse de la tal Esmeralda.

— Para buscar otra.

— Para buscar una mujer honrada y buena á quien unirse.

— ¿Y tiene novia?

— La tiene.

— ¿Es bella?

— Como un ángel.

— ¿Lista?

— Como un pajarillo.

— ¿Graciosa?

— Es la más graciosa de la ciudad.

— ¿Es mexicana?

— Y enlazada con las mejores familias del imperio.

— ¿Es joven?

— Diez y seis años y tres meses.

— ¿La conozco?

— De seguro que sí; pero no te digo quién es por ver si aciertas.

— No me pongo á ese trabajo porque no me gusta calentarme la cabeza.

— Es... la señorita doña Josefa de la Peña y Azcárate.

— ¿Pepita? ¡Pobre criatura! ¡Enlazar sus floridos diez y seis años con la madurez del Mariscal!... Podría ser su abuelo... Le llevará cuarenta años.

— Cuarenta y dos.

—La sacrifican, la hunden, la entregan atada de pies y manos á la lascivia de un viejo sexagenario.

—Pues es el caso que ella no demuestra ningún pesar por ello: la satisface de seguro ser una de las primeras señoras de Francia cuando allá vaya y la primera de México mientras pasa el charco, y quizás por eso se decide á todo... Por otra parte, el Mariscal no es un esperpento, ni un viejo antipático y repulsivo: lleva muy bien sus cincuenta y ocho inviernos y... luego, salir de esa posición humillante en que yace la pobre Pepita, viviendo casi á expensas de su tía la señora Pedraza, reclusa en un entresuelo de la casa que queda cerca del Teatro Principal, sin independencia, sin posibilidad de moverse, sin expectativa de progresar, es duro para una niña llena de fundadísimas aspiraciones y satisfecha de su valer... Aquí no encontraba novio formal: el chico ese que le pasea la calle, Agustín Robalo, no da trazas, y es menester coger á la ocasión por su único y vacilante cabello.

Me quedé callada un rato, y luego, recelosa, le pregunté:

—Pero ¿qué tiene que ver eso con la carta para el Emperador de los franceses? ¿Acaso porque se mandara no había de haber matrimonio?

—Es que..., respondió Aquiles; como yo llevo amistad con la señora..., y si fuera cierto que hay tales acusa-

ciones, el Mariscal perdería su posición... pues valdría la pena... digo... de que conociera la verdad.

—¿La verdad? Creo que tú eres quien no la dice.

Le miré á los ojos, y aunque no hurtó mi inspección, tuve la idea de que allá en el interior danzaba una lucecilla burlona y trémula que pretendía ocultárseme: era la picaresca luz de la mentira, que brillaba con un fulgor azulado, como de fuego fatuo.

—Eso no es cierto, le dije.

—Tan cierto es, que se lo voy á comunicar á la suegra del Mariscal.

—Tú no puedes hacer eso sin comprometerme.

—Confía en mí que sé hacer las cosas mejor de lo que te imaginas.

Sin esperar más me dijo violentamente:

—Estoy desolado por no haberte traído aquello.

—¿Qué es aquello?

—El dinero.

—Tiempo hay, que al fin el logro corre sin interrupción.

—Y es lo peor que ahora necesito mil más.

—Los tendrás con tal que no me engañes.

—Eres un encanto.

—Y tú un grandísimo farsante que me estás jugando no sé qué malísima partida.

—¡Calla, mona!... A propósito, mi familia me ha en-

viado algunas alhajas que desea se vendan por acá; pero como no tengo dónde guardarlas, quisiera te encargaras de ellas.

— ¿Como prenda...?

— Josefina...

— Dámelas, que en pocos lugares pueden estar tan seguras como en el cuarto de una dama de honor.

Y sacó de un bolsillo de su capote militar una milagrosa *rivière* de brillantes, un prendedor de perlas y rubíes, dos cintillos de brillantes y una *aigrette* de zafiros y diamantes que valían una riqueza.

— ¡Qué bello! exclamé cruzando las manos.

— ¿Has visto algo más delicado?

— Sí; don Isidoro de la Torre guarda en una cajita de plata muchos broches de esmeraldas, diez ó doce veneras de la Inquisición, unas maravillosas cajas de rapé que pertenecieron á personajes históricos, una colección de relojes del siglo pasado y, sobre todo, un aderezo de brillantes que vale una fortuna... Ciega ver tamaña riqueza; no quiere creer nadie que el tal aderezo sea obra humana, y no un trozo de sol...

— ¡Qué lírica eres! dijo riendo el vizconde. ¿Y se puede ver eso? Don Isidoro ha de guardarlo como oro en paño.

— No sé si lo enseña; lo que sé es que lo tiene guardado en un vargueño antiguo que no presenta seguridad ninguna.

— He de pedirle que me enseñe esas cosas.

— También tienen alhajas primorosas los Escandones.

— Pero ¿quién ha de solicitar que muestren algo?

— Cualquiera; tienen el joyero á la vista, y por cierto que todo es lindísimo; pero nada como lo que guardan en una cajita de porcelana que lleva esculpido en la tapa el combate de centauros y lapitas... Hay unas calabacillas antiguas que creo no tienen igual en el mundo. Así seguí enumerando lo que guardaban los Icazas, los Andrades, los Adalides y no sé cuántas familias más; y Aquiles, que era gran conocedor, me pedía detalles de las montaduras, de las piedras, del tamaño y forma de las joyas y de las facilidades que hubiera para mirar aquello, pues deseaba deleitarse con la vista de cosas tan bellas.

